

Otra razón es la belleza de la segunda edición, primorosamente elaborada por Candaya, que incluye un CD con la voz del poeta y, a modo de apéndice, una serie de esculturas de la artista francesa Martine Saurel, ensamblajes de inspiración primitiva, cuya sutil y lacónica belleza dialoga con algunos versos del poeta.

CRISTÓBAL ZAPATA
CUENCA, 2009

CARLOS IDROVO,
Blumur,

Lima, Matalamanga,
2008, 92 pp.

Dice la filósofa española María Zambrano, que la realidad del poeta es el sumirse en las “apariencias” de las cosas –todo lo que está ante sus ojos, oído y tacto–; el poeta queda así adherido a las seductoras apariencias. Por cierto, esas apariencias tan desechadas por la razón que, por el contrario, persigue descubrir la verdad oculta de las cosas. Por ello, continúa Zambrano, “asombrado y disperso es el corazón del poeta”. Luego del asombro, viene el vuelo, el vuelo propio de toda poesía.

Comienzo mi lectura con esta referencia a Zambrano porque reconozco en varios de los poemas minimalistas de Carlos Idrovo una actitud de asombro, casi paralizante, desde donde la voz poética se sitúa para participar del mundo, y decir de él. De manera recurrente, la voz poética se coloca en actitud de espera, en actitud contemplativa, casi de testigo, para fotografiar escenas que recortan aconteceres y recuerdos: “te espero en silencio / como barriendo el tiempo”, o en otro poema “en la sustancia de la creación / la mariposa se posa / para atender la estática”, o en otro, un hermoso “comprimido” poético titulado “Paralelismo”: “voy a podrirme pensando en ti / hoy noche / pa ver si te duele / hoy noche”. Inevitable, después de leer este poema, percibir el vuelo poético del que habla Zambrano, esa promesa de “perspectiva ilimitada”.

Algunos poemas del libro parecen instantáneas fotográficas – “tengo siete años / cargo un fusil caliente / unos zapatos húmedos / una bandera entre los dientes”. Versos cargados de imágenes visuales que comprimen la historia desde estas ventanas hechas de palabras. Hay poemas que se nos presentan cercanos a la greguería: “el desatino del tiempo / habernos dado dedos / para contar”. De hecho, reconocemos en los poemas un impulso lúdico y experimental, que se evidencia incluso en la disposición tipográfica. Ciertamente, caracteriza al poemario una evidente economía de lenguaje que incorpora giros coloquiales, frases recortadas de conversaciones anónimas, de palabras que aluden, unas veces, a una intimidad secreta y, otras, a escenas públicas recortadas de historia colectiva.

Vale destacar que este poemario constituye verdaderamente un conjunto poético que se hace libro. Pues un libro de poemas no es el resultado de una mera sumatoria; es un conjunto de poemas hechos de un mismo impulso poético, de similares obsesiones y búsquedas, de un tono que les confiere ese aire de familia y los identifica como parte de un mismo todo: *Blumur*. Esa preferencia por la espera y la levedad –“mis pies, cadenas sin levedad”–, por aquellas “apariencias” que fascinan aun a sabiendas de su naturaleza efímera, encuentra una suerte de ícono poético en el poema “La tarde”: “nada no suele tener sentido / sino hasta la tarde / cuando todos andamos cansados / –como la nube– que no se halla en el día / hasta que cae la tarde / y desaparece”.

¿Qué privilegia Carlos Idrovo en este poemario? Por encima de las imágenes, el poeta privilegia un tono reflexivo a propósito de las dinámicas del mundo. Aunque este no deja de ser el referente del poemario; la voz poética testimonia sensaciones, experiencias, desconciertos, escenas de un viaje inacabado. Es posible reconocer una dimensión meta-poética de la escritura: una voz poética siempre en alerta, siempre consciente de su trabajo con la palabra: “represento luego existo”, formula el poeta. Se trata de una poesía que reflexiona sobre sí misma, que se vuelca sobre sí, que comparte con su lector la aventura del viaje a través de versos que simulan “pequeñas cápsulas oculares”.

ALICIA ORTEGA CAICEDO

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR,
SEDE ECUADOR